

Documento: Anunziata y Pergoleso

Juan José Molina



Juan José Molina

El Documento que presentamos en esta edición tiene gran importancia en la historia de la literatura antioqueña. Según narra Carrasquilla en la tercera parte de *Hace tiempos*, la novela breve ahora reproducida y la novela de Mercedes Gómez intitulada *Los hijos del misterio*, fueron los primeros logros narrativos de algún alcance en la literatura antioqueña después de los famosos artículos de Emiro Kastos, y eran textos muy populares entre los estudiantes de los Colegios del Estado y de la Universidad de Antioquia hacia 1872 y 1873. *Anunziata y Pergoleso* hace parte de los ensayos sobre *Literatura Musical* de don Juan José Molina, entre los que hay narraciones magníficas cada una con motivo de algún tema u obra musical –*El coro de los cazadores*, *Claro de luna*, etc.

Para mayor información acerca de don Juan José y sus trabajos literarios se remite a su biografía en el *Diccionario biográfico y literario de Colombia* de Joaquín Ospina, Editorial Aguila, Bogotá, 1937 (ver su transcripción en esta revista, en la sección "Colaboradores"),

o al prólogo de la reedición de *Antioquia Literaria* en la Colección de Autores Antioqueños.

Jorge Alberto Naranjo

(Séptima parte de los ensayos sobre *Literatura Musical*.

El Cóndor. Periódico Literario. Medellín, 1871, Serie IV,

No.41, abril 2, pp.327-328; No.42, abril 16, pp.335-336;

No.43, abril 23, pp.343-344; No.44, abril 30, pp.351-352.

Se conserva la ortografía del original)

I

En una noche de otoño del año de 1786, un jóven envuelto en una ligera capa, atravesaba lentamente una estrecha callejuela de Nápoles.

A pesar de que el brillo de las estrellas de ese diáfano y claro cielo italiano bastaba á iluminar la noche, nuestro desconocido podía apénas reconocer las casas. Bien se veía que estos lugares todavía no le eran familiares, porque él buscaba su morada, y parecía extraviado no pudiendo hallarla. La calle estaba desierta y silenciosa: el ángel del sueño había cerrado todos los párpados, y los labios estaban mudos para la alegría y para el dolor, de manera que nuestro jóven no encontraba á quién dirigirse para salir de su estado de duda y de impaciencia.

Al fin se detuvo delante de una casucha, cuyo estado ruinoso y miserable revelaba claramente que su ocupante no tenía la bolsa bien provista. Con todo, el aire de alegría que sucedió á su preocupacion, era un indicio seguro de que había descubierto lo que con tanta ansia buscaba.

Pero en el instante en que el jóven se disponia á torcer la llave, oyó algo que detuvo la acción de su mano. Se puso á escuchar, y entónces sintió que de la casa fronteriza se elevaba un

canto lleno de dulzura y armonía que lo hizo permanecer como clavado en el suelo.

El que escuchaba este canto con tanta atención, se llamaba Giovanni Pergoleso. Había llegado á Nápoles con su violín, su entusiasmo por la música y su firme voluntad de perfeccionarse en este arte, porque á la sazón estaban en San Cárlos los maestros mas célebres; pero sus recursos eran tan módicos, que cualquier otro en su lugar se hubiera desalentado en tan ardua empresa. Más en cuanto á él, sus necesidades eran tan modestas como sus pretensiones. La naturaleza había, desde muy temprano, destinádole á vivir para el arte, y diversas circunstancias habían hecho fortalecer en él la resolución de seguir esta vocación. Habíase, pues, marchado á Nápoles con el corazón lleno de esperanzas y de alegría, como verdadero hijo de la bella Italia. Tomó en casa de un zapatero un cuartucho que contenía, por todo ajuar, una pobre cama, una silla desvencijada y una mesa coja: era todo lo que necesitaba.

Lo que en este momento le cautivaba, era un canto que había ya oído en el puerto, y que sin embargo, le parecía muy distinto; en el puerto se entonaba por voces de hombres, de rudos marineros; aquí se hubiera creído que un ángel cantaba. Una voz se había alzado repentinamente en el silencio de la noche; una voz fresca, tan pura, tan llena, tan flexible, tan delicada, tan sonora, como nunca se había oído otra.

Así, pues, el jóven músico permanecía inmóvil como una estatua; no se atrevió á alejarse, aún cuando la voz calló y volvió á reinar el silencio, porque se imaginaba que la voz cantaríá otra vez. Se decidió, en fin, á entrar á su cuarto, después de haber esperado en vano que el canto resonara de nuevo. Se recogió, pero aún en sus sueños oyó la deliciosa melodía.

La mañana siguiente, sus primeros pasos se dirigieron hácia donde el alegre y jocoso zapatero en cuya casa habitaba. Le habló de la soberbia voz que había oído y le preguntó si conocía á la cantora.

-Cospetto, signor! exclamó el hijo de San Crispín, ¿habéis entónces oído al ruiseñor? Canta poco durante el día, pero en la noche deja á toda la vecindad satisfecha y hechizada. Si tuviérais costumbre de volver cuando el sol se pone, habríais sabido, tiempo há, qué tesoro poseemos en nuestro barrio. Os podrían creer un hombre del norte. Por San Gennaro! yo en vuestro lugar habría sabido luego, á la hora, que la mas guapa chica de Nápoles habitaba frente á mi casa... Me limitaré á deciros, que ella tiene mejores ojos que vos, y que no está como vos, loca por esas patas de moscas que llamais notas. Me ha preguntado quién sois, y yo le he contestado: el jóven músico mas honrado y mas consagrado que hay en Nápoles.

Basta de chanzas! dijo Giovanni, y hablemos del asunto.

-Es decir, de la cantora, replicó el zapatero. Bien. Canta como un ángel; es bella como un ángel; pura como un ángel, y se llama Annunziata. Su padre era pescador, y así murió él sirviendo de pasto á los peces en una tempestad del cabo Misseno. Ella habita ahora con su madre en la casita de en frente; vive con el trabajo de sus lindas manos, y se alegrará de veros en su casa.

¿Queréis que prepare la entrevista?

Giovanni deseaba ardientemente ver á la jóven. Respondió, pues, afirmativamente á la pregunta del zapatero, quien dejando con presteza la arrodilladera y la lesna, se puso luego en marcha, después de haber dicho al músico que le esperara un instante. Los pocos minutos que

tardó aquél, parecieron largas horas al pobre jóven, devorado de impaciencia. Al fin el zapatero volvió exclamando:

-Ewiva San Gennaro. La veréis! Os espera en la tarde. He hecho de vos tantos elogios que los oídos os deben zumbar aún.

El jóven apenas pudo esperar la hora.

Giovanni Pergoleso bajó la estrecha escalera de su aposento con su amado violín bajo el brazo y vestido con mas esmero que de costumbre. El zapatero sentado en su banco delante de su mesita de trabajo y al lado de la puerta, le vió venir.

-Ah! Ah! exclamó, vuestra paciencia es tan pequeña como vuestras horas.

Y diciendo esto, reía alegremente con toda su gana; pero Giovanni, molesto de esta loca jovialidad, se apresuó á salir, se dirigió á la puerta de la casa fronteriza y llamó.

Una anciana, cuyas facciones indicaban haber sido muy bellas en otros tiempos, abrió la puerta de la habitación.

-Adelante dijo, entrad signor. ¿Sois el jóven músico que desea oír mi Annunziata? Sentáos y esperad un momento, que no tardará ella en venir.

Giovanni sintió su corazón como aliviado de un gran peso. Se había preguntado a sí mismo cómo se presentaria, y hé aquí que todo se arreglaba de una manera tan sencilla, que hizo disipar luego su natural timidez. Miéntras conversaban sobre cosas indiferentes, paseó el jóven sus miradas en torno suyo. Todo indicaba extrema pobreza, pero una prolija limpieza daba cierto aire de elegancia al albergue. Vió redes de pescar recién principiadas por la viuda, y

varias otras labores propias de mujer demostraban que Annunziata manejaba la aguja con destreza.

Bien pronto apareció la jóven.

El zapatero no había exagerado. Annunziata era una de esas deslumbrantes bellezas que se encuentran en aquellas afortunadas playas, con ménos rareza que en cualquiera otras. Sus facciones puras y delicadas hacían recordar las Madonas de Rafael. Sus miradas expresaban sin embozo la satisfacción que experimentaba; aceptó con franqueza el tributo de homenaje que el jóven le ofrecía, con tan buena voluntad como la que puso ella en rendirle el suyo.

Evidentemente se hallaron en breve contentos el uno del otro.

-He tenido la dicha de oíros, dijo Giovanni, y vuestro melodioso canto aún resuena en mi alma.

-Vuestro violín me ha gustado muchísimo, replicó ella sonriendo.

-¿No podríamos de cuándo en cuándo cantar y tocar juntos?

-Con la frecuencia que os plazca.

-¿Habéis cantado ya notas?

-Notas? Qué quiere decir eso? preguntó Annunziata con el mayor candor.

-Cómo! ¿No sabéis, verdaderamente, lo que son notas, bella Annunziata?

-Qué chistoso sois! exclamó ella, para qué mentiría? Sería un gran pecado!.....

-Bien, voy á explicaros lo que eso quiere decir, dijo él, sentándose á su lado.

-¿Comprendéis ahora, añadió él, que se puede tener una voz de ángel y no saber cantar conforme á las reglas?

Ella respondió un tanto humillada:

-Sí: ahora os comprendo y reconozco la verdad de lo que dices.....

¿Pero es acaso muy tarde para aprender lo que ignoro? añadió con timidez.

-No, por cierto, y veréis que es bien fácil! exclamó el jóven. Una discípula como vos será en breve de primera fuerza, y ya me imagino veros de prima donna en San Cárlos.

Ella juntó las manos ruborizándose y le preguntó:

-Habláis seriamente?

-Sin duda alguna, porque en verdad vuestra voz no tiene rival en Italia.

Pronto comenzaron las lecciones. Una discípula de talento tan sobresaliente debía hacer rápidos progresos con la contracción, y teniendo un maestro tan hábil como Pergoleso.

Este se retiró satisfecho y entusiasmado de su visita.

-He mentido? preguntó el zapatero, al ver que el jóven llegaba á su casa.

-Oh no! en toda la ribera del golfo no podrá encontrarse una chica tan linda como esa, y, sea cual fuere la fama de las bellas de Ischia, en vano se buscaría entre ellas una Annunziata como la nuestra.

II

Giovanni iba á pasar largas horas, todos los días, en compañía de su amable discípula. Más

no tardó mucho en convencerse de que había mirado sus hermosos ojos negros con demasiado embeleso, y de que se hallaba como hechizado. La veía siempre delante de sí, doquier se encontraba y en todas parte á donde iba. Cuando no estaba á su lado parecía inquieto, distraído, que algo le faltaba; su pensamiento, su alma, todo su sér se trasportaban á donde Annunziata. Aun sus mismos estudios se resentían de su estado moral, y sus adelantos sufrían deplorablemente, porque no podía resistir al encanto, al imán que lo atraía, que lo absorbía, y su corazón no pensaba tampoco en la menor resistencia.

Desde que Annunziata había, por la vez primera, acompañado á Giovanni al teatro de San Cárlos, parecía muy trasformada.

El estudio, que al principio había sido para ella un juego, llegó á ser una pasión. La ambición le estimulaba, la aguijoneaba, y cada día crecía su ardor, porque tenía ya un fin determinado: sus progresos por consiguiente eran sorprendentes y Giovanni estaba lleno de júbilo.

Las relaciones entre el maestro y la discípula fueron cada vez mas íntimas. Sus corazones no formaban ya sino uno solo; si se separaban eran desgraciados.

Cuando Giovanni llegó á Nápoles, por uno de esos felices acontecimientos que nosotros, séres miopes, hemos dado en llamar casualidad, fué puesto en relación con un personaje que ejerció grande influencia en su porvenir.

Entre las personas que el maestro de Giovanni conocía, el marqués de Espinosa, caballero muy aficionado á la música, y protector de los jóvenes de talento que se dedicaban á ese arte, era reputado como uno de sus mejores amigos. Su inmensa fortuna permitía al noble italiano seguir las inspiraciones de su corazón. También él llegó á distinguir y á estimar con su afección casi

paternal á Giovanni, y con preferencia lo socorría generosamente á menudo. El jóven lleno de agradecimiento, contemplaba alegremente el porvenir y se aplicaba de todo corazón al estudio.

Pero cuando hubo visto á Annunziata, un viento abrasado amortiguó su amor por el arte. Apenas se cuidaba de sus lecciones y del maestro, ó, si algunas veces iba á casa de éste, se mostraba tan distraído, que el buen viejo movía la cabeza con el aire triste y pensativo.

Un día el maestro encontró al marqués que acababa de regresar de los dominios que tenía en Sicilia, donde había residido durante algunos meses.

-Hola, signor! Cómo va nuestro Pergoleso? preguntó el marqués.

-Mal; ha perdido completamente su amor por el arte. Si no cambia, jamas será otra cosa que un músico vulgar.

-Qué decís! Vuestro juicio es bien severo. ¿Y qué pensáis que haya producido semejante cambio? preguntó el marqués sorprendido.

-Qué pienso? murmuró el maestro. Si en ello no anda enredado algun amorcillo, es el diablo mismo.

-Basta! Preciso es ante todo saber á qué atenernos. Al fin de la partida siempre será ménos difícil derrotar al diablo que al amor. ¿Dónde vive el jóven?

El músico dió las señas de la casa de Pergoleso.

Dos días después el marqués de Espinosa entraba con el aire enfadado en la habitación del maestro de Giovanni.

-Ahora se lo que trastorna á nuestro jóven, dijo, dirigiéndose al maestro, y á fe que vuestra

conjetura es bien fundada. La cadena que detiene el talento de Giovanni, cuando iba á lanzarse hácia el fin mas brillante, es el amor. Uno de mis criados conoce al zapatero en cuya casa habita vuestro discípulo, y por este motivo no ha sido difícil descubrirse la causa de su indiferencia, pues el bribón parecía jactarse de haber puesto á Giovanni en relación con una muchacha que se dice dotada de una voz encantadora y un par de ojos irresistibles. Hé aquí lo que ha trastornado la cabeza del jóven.

-Ya veis si tenía razon para sospecharlo, exclamó el maestro.

-Sí, es verdad; mas ¿qué harémos, signor? Yo creo que ante todo convendría sacarlo de entre las redes de la hechicera.

Y ambos siguieron deliberando largo rato.

III

Giovanni Pergoleso era de un carácter muy dulce. Una resistencia enérgica era ménos temible de su parte que la intensidad del sentimiento que había invadido su alma, y donde reinaba como soberano absoluto.

Pasadas algunas semanas, desde que tuvo lugar la conversación que hemos referido al fin del capítulo anterior, un elegante carruaje salía de Nápoles, en el que á la derecha estaba sentado el marqués de Espinosa, grave y serio: á la izquierda un jóven pálido y triste, de cuyos húmedos ojos se desprendían de vez en cuando algunas lágrimas arrancadas por el dolor. Este jóven era Giovanni Pergoleso.

El marqués se dirigía á Florencia en cumplimiento de una importante misión diplomática que se había encargado de desempeñar cerca de esa corte; pero ántes debía, por algún tiempo, detenerse en Roma.

Giovanni había reconocido la verdad de las exhortaciones de sus dos protectores: ambos le habían hecho presente que no era preciso que hubiera una ruptura con su amada, y que mas bien su enlace con ella debia ser el fin, la recompensa, y si se quiere, la coronación de sus esfuerzos. Llegó, pues, el jóven á consentir, aunque con gran dificultad, en marchar á Roma, para aplicarse con ahinco en esta ciudad al estudio de la música religiosa, á la que una decidida afición lo conducía irresistiblemente. La despedida fué bien triste para los amantes: pero la esperanza halagüeña que á sus ojos sonreía, los alentó en tan amargo trance. Los torrentes de lágrimas que corrian por las mejillas de ambos consagraron el juramento de eterna fidelidad que mutuamente se hicieron. Al fin Giovanni, medio ahogado por el dolor, pudo desprenderse de los amorosos brazos de Annunziata.

Cuando el marqués llegó á Roma con su protegido, lo recomendó al cuidado de su amigo el cardenal Barberini, aficionado entusiasta de la música, después de haberle referido toda la historia de Pergoleso.

El cardenal prometiéndole vigilarlo y ocuparlo con frecuencia, para no dejar al amor la ocasión de paralizar las notables facultades de su inteligencia, lo hospedó en su propio palacio y lo puso en relación con los mas ilustres compositores de la época. No tardó en reconocer que la Iglesia poseía un tesoro en la persona de ese jóven, cuyos primeros ensayos fueron unánimemente aplaudidos.

Miéntas tanto, Giovanni no olvidaba su amor; seguía escribiendo á Annunziata las mas apasionadas cartas. La pobre muchacha, como casi todas las de su clase, no sabía leer, pero en Nápoles, como en las demás ciudades de Italia, se salva fácilmente este inconveniente, ocupando á los scrivani como intérpretes aún de los mas íntimos sentimientos del corazón.

¿Las cartas de Annunziata se hacían esperar demasiado, ó acaso eran ménos tiernas, mas frías?... Lo que de cierto había, es que Giovanni se entregó después de algún tiempo, á una melancolía que aumentaba diariamente. La parálisis intelectual que se había apoderado de él en Nápoles, amenazaba volver aún mas terrible, con esta diferencia, que en aquella ciudad era resultado de la dicha en amor, y aquí de pesar.

El cardenal Barberini había informado á su amigo Espinosa sobre este estado de cosas; por eso el marqués marchó á Roma para ver si lograba un cambio favorable en el jóven; y en efecto acertó á decidirlo á que lo siguiese á Florencia, en cuya sociedad lo introdujo, llegando hasta presentarlo en la misma corte ducal, donde la música era amada, cultivada y colmada de honores.

Muy pronto, Giovanni no tuvo tiempo sobrado para pensar en su amor. Se entregó con frenesí á la vida brillante de la corte, y se dejó arrastrar, ebrio de gozo, por la corriente de los mas notables placeres. Con todo, este bullicio no pudo por largo tiempo imponer silencio á la voz de su corazón, que se elevó con mas fuerza, cuando hubieron pasado las primeras impresiones, los primeros éxtasis de la ovación y de los goces. Su deseo de tener noticias de su amada Annunziata aumentaba á medida que ellas se hacían mas escasas; escribía, y sus cartas quedaban sin respuesta.

-Muerta! Muerta! Tal era la terrible voz que resonaba sordamente en su alma, y que hacía estremecer de dolor todo su sér.

IV

Su melancolía y su desaliento crecían, todas sus composiciones respiraban la tristeza de que su alma estaba hinchada, y su violín no vibraba sino para exhalar acentos plañideros, ayes

desgarrados de su alma. Las palabras que expresaban lamentos y dolores, eran las únicas que se hallaba dispuesto á poner en música, y para ellas la armonía emanaba del fondo de su corazón herido con maravilloso poder.

Sin embargo, un texto, uno solo, le parecía imposible expresar de una manera satisfactoria, aunque las palabras producían en él un efecto mágico, y ese texto era aquel inimitable cántico del monje Jacopone, el *Stabat mater*, que expresa tan patética y tan admirablemente el dolor de la madre al pié de la cruz del hijo.

El aire con que se cantaban estas hermosas palabras era tan insignificante y se acordaba tan mal con la sorprendente belleza del texto, que Pergoleso se esforzó en encontrar una exacta expresión de este dolor; pero cuanto más buscaba y trabajaba, tanto más parecía alejarse su realización.

El pobre jóven vagaba sombrío y desconsolado. Un día quiso la fortuna que llegase á sus manos una carta de Annunziata, en la que le rogaba que volviese inmediatamente á su lado, pues moriría si no lo hacía así.

Esa carta en esos momentos fué irresistible. Sin decir nada á nadie, Giovanni partió de Florencia, se fué á Roma y de Roma pasó á Nápoles.

Lo primero que hizo fué correr á la callejuela donde estaba la morada de su Annunziata; pero ¡cuánto cambio! Ruinas ennegrecidas y vigas medio consumidas por el fuego fué lo único que encontró. Un voraz incendio había asolado esos lugares y todo el barrio ya no era mas que una escena lúgubre.

Pergoleso quedó inmóvil como una estatua, hasta que al fin un hombre de miserable aspecto salió de una cabaña cercana y le preguntó:

-Busca algo; signor?

Su dolor entónces estalló!

-¡Ah! Todo lo he perdido! exclamó sollozando y cubriéndose el rostro con ambas manos, para ocultar al desconocido las lágrimas que surcaban sus mejillas.

-Dónde está Annunziata? añadió Giovanni.

-Qué Annunziata? bien sabéis, signor, que ese nombre es muy común por aquí.

-Annunziata Marini, que vivía al frente del zapatero Tibaldi, la bella Annunziata que cantaba tan bien.

-No la conozco, signor. Tampoco conozco al zapatero Tibaldi.

Al oír estas palabras un frío glacial se apoderó del corazón del pobre jóven. Mudo de espanto torna la espalda á esta escena de desconsuelo y de luto, y dirige sus lentos y vacilantes pasos hácia la casa donde se había hospedado.

¡Ha muerto! pensó, ha muerto! y por eso ya no me escribía.

Entre tanto se le acercaba una mujer.

-¡Ah maestro, le dijo, ¿estáis al fin de vuelta? Él la miró fijamente.

-¿Me conocéis? le preguntó.

-¿Cómo no he de conoceros? Yo os he visto muchas veces, cuando tocábais el violín, para acompañar el canto de Annunziata.

-¿Dónde está Annunziata? dijo Giovanni con voz temblorosa y débil.

-¡Ay! esa es una historia muy triste.... pero yo os la contaré, aunque mis hijos padezcan de hambre en casa. Ella os ama mucho, y el dolor

que le causó vuestra marcha fué muy grande; no obstante, el pesar no la hizo morir, como ella había creído.

Cuando aconteció el incendio de su barrio, ya ántes había perdido á su madre; como su casa fué también devorada por el fuego, ella buscó refugio en casa de Tibaldi, que se había mudado á otra calle, y allí conoció á un hombre que la fascinó, que la hechizó completamente. Era un sugeto de mala reputación, un bravo, pero hermoso signor, hermoso como ninguno en toda la extensión del Golfo. Él tocaba el arpa y ella cantaba. En cualquier parte donde se presentaban, se reunía luego un hermoso auditorio, atraído por su música: nada extraño había en ésto, pues bien sabeis cuán encantadora era la voz de Annunziata.

A la sazón se encontró una mañana en la calle de Toledo el cadáver de un jóven noble, que debió haber luchado largo rato contra su asesino, ántes de sucumbir á sus golpes; pues éste dejó su puñal clavado en el pecho de su víctima, y ese puñal, después de reconocido, resultó ser el de Tommaso, de Tommaso amante de Annunziata. Ambos desaparecieron repentinamente. Los Abruzzos les sirvieron de refugio, lo que en breve se supo en el pueblo. Nunca se había presentado un bandolero mas audaz, ni asesino mas desapiadado é inhumano, que el tal Tommaso. No había seguridad alguna para los viajeros: las casas y las propiedades de la comarca estaban á merced de ese desalmado y su pandilla. También su mujer, la bella Annunziata, se adquirió gran reputación.

Se sentaba á cantar en la orilla del camino, y los viajeros que se detenían para oírle eran perdidos; aún se decía que ella misma tomaba parte de las aventuras mas peligrosas y que en algunas circunstancias era tanto ó mas osada que su amante.

No obstante, yo ignoro si son ciertos todos estos rumores.

Pero ya supondréis que tales correrías no duraron mucho tiempo. Despacharon carabineros de á caballo en busca de los bandoleros, que fueron perseguidos y presos casi todos, entre ellos Tommaso.

-¿Y Annunziata? preguntó Pergoleso lleno de ansiedad.

-Nada se sabe de ella. Tommaso está en San Telmo, y su postrer salida será para ir al cadalso.

La mujer se puso á reir; tendió en seguida su mano huesosa, descarnada y añadió:

-Dadme, signor, alguna limosna para mis pobres hijos que mueren de hambre.

Giovanni le arrojó algunas monedas y siguió su camino con paso vacilante.

V

Cerca de dos meses habían pasado desde que Giovanni tuvo el encuentro que acabámos de referir en el anterior capítulo, cuando un día notó que numerosos pelotones de gente se dirigían muy aprisa hácia la portada de la ciudad, en cuyas inmediaciones habitaba. También él salió para respirar el aire libre. Su semblante, tan rozagante en otro tiempo, era ahora de una palidez mortal, y bien se veía por su andar lento, inseguro y desigual que había estado enfermo, y que su convalecencia era muy reciente.

Paseando distraído y sin fin determinado, se dejó llevar por la corriente de gentío sin que él mismo lo notara. Abismado en sus reflexiones, no hacía caso de las conversaciones que se trataban entre algunos individuos á su alrededor. Llegó de este modo fuera de la ciudad, y solamente entónces reconoció que iba á verse

obligado á asistir involuntariamente á una ejecución.

Al ver con sorpresa el patíbulo, que delante de él estaba preparado, puso atención á las hablillas de la muchedumbre.

-Es uno de los mas terribles bandoleros que han desbalijado á los caminantes en la carretera de Terracina, decían algunas personas, y va á tener ahora su merecido.

-¡Pobre Tommaso! exclamaban otras. Lo han condenado á muerte, miéntras que á otros famosos pícaros, mucho mas culpables que él se les deja vivir en paz, tan sólo porque son de la nobleza”.

El nombre de Tommaso hizo estremecer á Giovanni. ¿No era ese el nombre del bandido que le había robado el amor de Annunziata?

No tuvo mucho tiempo para meditar sobre esta sospecha que se ofreció á su mente, pues el culpable apareció en ese instante escoltado por los terribles carabineros y por algunos religiosos.

Era un apuesto jóven como de unos veinte años de edad, de talante firme, sereno y aún altivo. Las piadosas exhortaciones de los frailes, parece que no hacían la menor impresión en él. Sus brillantes ojos resistían con impavidez las miradas de la muchedumbre.

Cuando la justicia de los hombres fué satisfecha, Giovanni, profundamente conmovido por tan horrible espectáculo, se disponia á volver á su casa; pero de repente las oleadas del pueblo se dividieron y tomaron otro rumbo.

-¡Ah pobrecita! exclamaban por todas partes, Giovanni no podía distinguir á quién se dirigía esta exclamación; pero un presentimiento le decía que se acercaba al temido instante en que iba á ver otra vez á Annunziata. Su ansiedad aumentaba por segundos.

En ese momento una mujer jóven y bella se precipitó hácia el patíbulo: su larga cabellera negra, flotando en desórden, era juguete del viento; su traje sumamente rico, pero en desarreglo; todas sus facciones eran perfectas y podía tomársela por el tipo de la mas rara hermosura. Lanzó un grito agudo y penetrante, se arrojó al pié de la horca, enlazándola con sus brazos blancos como la nieve, y con un tono, que hirió como una aguda cuchilla al angustiado corazón de Giovanni, exclamó:

-¡Ah! Tommaso, amado de mi alma!

Una sola mirada había bastado á Pergoleso para reconocer á Annunziata; pero no era ya su pura é inocente Annunziata: había en ella algo de salvaje, de insensato, de extraviado. La expresión de sus ojos era inquieta y siniestra.

El gentío hasta entónces bullicioso, guardaba en ese instante un silencio profundo; apénas respiraba; parecía que cada uno de los circunstantes rogaba con la infeliz jóven, que permaneció un momento de rodillas, teniendo la horca abrazada y la cabeza inclinada hácia la tierra.

Repentinamente se levantó y echó atras su negra cabellera con ademán violento, fijó su mirada acongojada en el cadáver, y con las facciones convulsas y conmovidas por el dolor, entonó el *Stabat mater*. Pero lo cantó en un aire que nadie hasta entónces había oido. Los acentos de su voz parecían salir del fondo de su corazón destrozado, expresaba las palabras de una manera tan tierna, tan plañidera y tan elocuente que atraía, absorbía y subyugaba todos los corazones con un poder increíble.

La impresion fué extraordinaria. Todos los circunstantes tenían las manos juntas en ademán suplicante; todos los ojos estaban llenos de lágrimas, y cuando ella acabó, todos los pechos exhalaban un suspiro.

Un momento después la infeliz había desaparecido. Pasadas algunas semanas, un cadáver, que el mar arrojó á la playa, fué reconocido por el de Annunziata.

VI

Un jóven delgado y pálido había tomado el camino del Vesubio, y se dirigía donde el ermitaño cuya celda se encuentra no léjos del humeante cráter. Le rogó para que le diese asilo durante algunas semanas. El pobre viejo se lo acordó con tan buena voluntad, cuanto que la fisonomía del visitante indicaba un corazón dolorido que buscaba en esta soledad, rodeada de todos los horrores de la naturaleza, el olvido de los dolores que turbaban su alma. No llevaba consigo más que un vestido. Vagaba en silencio en las espantosas soledades de la montaña; con frecuencia se sentaba en un pedazo de lava, y sacaba de su violín acentos maravillosos, poderosos, y sin embargo, tan tiernos y tan plañideros que conmovían las más recónditas fibras del alma. Siempre tocaba el mismo aire, parecía que no conocía sino ése, y que no se cansaba de ejecutarlo.

El jóven era Pergoleso y el aire era el que Annunziata cantaba; estaba grabado en su memoria de una manera indeleble, no dejando lugar en su alma para ningún otro pensamiento musical. En vano el ermitaño se esforzaba en hacerlo hablar; su boca permanecía muda, y su mirada parecía implorar piedad.

Pero lo que alarmaba mas al buen solitario era la visible disminución de las fuerzas del infeliz jóven.

Un día, varios caballeros llegaron de Nápoles con el fin de visitar el Vesubio. La mayor parte habíanse ya alejado de la ermita; pero dos hombres que hablaban juntos, quedaron atrás.

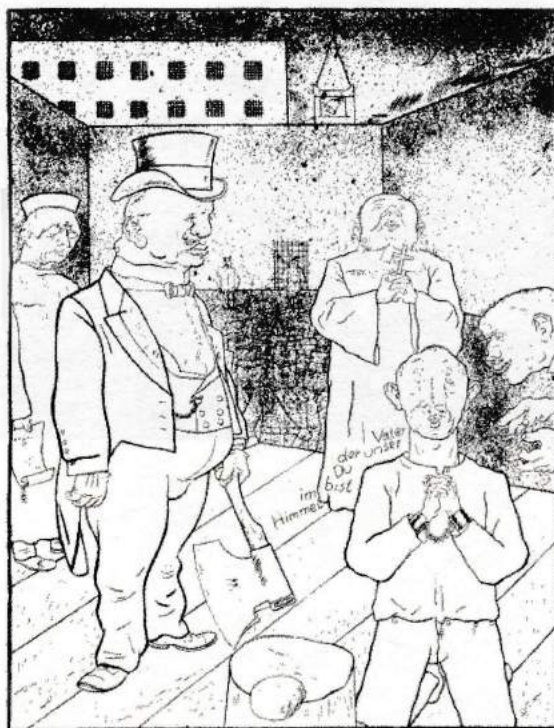
-He seguido sus huellas hasta la Torre del Greco,

donde ha vivido algún tiempo después de la muerte de Tommaso; pero ha desaparecido ya de allí, dijo uno de estos visitantes.

-El solitario que ocupa aquella cabaña podrá quizá darnos algún indicio de su paradero: dirijámonos á él, agregó el otro.

Y ambos se acercaron al aposento del piadoso ermitaño, quien les comunicó todo lo que sabía sobre la aparición en ese sitio y sobre el actual estado del jóven músico, que con tanto ahínco era buscado por los dos personajes que hablaban. Estos no eran otros que los protectores mas decididos y entusiastas del

genio de Pergoleso, el marqués de Espinosa y el cardenal Barberini. Los dos quedaron tristemente sorprendidos al ver el abatimiento físico y moral del jóven Giovanni, y se esforzaron en arrancarlo inmediatamente de su aislamiento, á fin de amortiguar en su espíritu la intensidad del sentimiento que iba devorando su vida. Lograron conducirlo á Nápoles y después á Roma, conservando con sus bondadosos cuidados, no sólo la existencia del autor de la grande é inimitable melodía religiosa, que tanto embelesa nuestros oídos y conmueve nuestras almas, sino también una gloria más para la Italia y para el arte.



La raza humana acabó histérica en la Edad Media por haber olvidado lastimosamente las decisivas impresiones sexuales de su juventud griega.

Karl Kraus